
d e b a t e

Las niñas y los niños: lectorcitos de ayer

Luz Elena Galván de Terrazas*

Introducción

En este artículo me interesa partir de una pregunta: ¿qué leían las niñas y los niños de ayer? La búsqueda de una respuesta, me ha permitido recorrer los fascinantes caminos de la cultura escrita durante el siglo XIX. De este modo, me he encontrado con más de 40 periódicos infantiles, publicados entre 1870 y 1900.

Lo que propongo, entonces, es lanzar nuestra mirada al pasado, con objeto de conocer algunos de estos periódicos en donde, niñas y niños de ayer, se formaban como lectorcitos. Empezaremos, así, un viaje al pasado, un viaje al maravilloso mundo de la cultura escrita.

Remontarnos al siglo XIX significa entrar en otra dimensión. Significa incursionar en aquel momento en que no todos los niños y niñas asistían a la escuela, ya fuera por razones económicas, o bien, porque a los padres no les interesaba que sus hijos e

hijas asistieran por varias horas a un plantel escolar en donde, decían, solamente iban a “perder el tiempo”.

De aquí que muchos niños y niñas completaran su educación por medio de la lectura de diversos periódicos, revistas o cuadernillos que se publicaban en nuestro país, por lo que podemos decir que la prensa infantil apoyó las tareas propias de la educación formal.

Algo importante que se debe resaltar de estas publicaciones, al igual que de muchas otras del siglo pasado, es que se distribuían *por entregas*, es decir, tanto las lecciones como los relatos y los cuentos, continuaban durante tres o cuatro números. Esto hacía que los lectores se vieran obligados a comprarlas cada semana, cada quince días o cada mes, según la periodicidad de cada publicación.

En este artículo, me detendré solamente en dos de estos periódicos infantiles: *El Correo de los Niños* y *La Enseñanza*.

* Investigadora del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.

El Correo de los Niños **(1872- 1893)**

Este periódico infantil, el cual aparecía cada domingo, tuvo dos editores, ambos pedagogos y maestros. Uno de ellos fue J. Neve y el otro un cubano, Miguel Quesada. Escribían con el apodo de “El Postillón”. Este apodo hace referencia al mozo que iba montado en uno de los caballos delanteros de la diligencia que llevaba el correo.

El primer número, editado en 1872, se iniciaba diciendo lo siguiente: “Queridos lectorcitos y lectorcitas, muy buenos días. Por primera vez os ha venido a visitar El Correo, y ya debéis comprender que su postillón, aunque viejo ya, ha sido niño como vosotros y sabe bien lo que os gusta leer”. Era así como se iniciaba un diálogo entre el editor y los niños y las niñas a quienes va dirigida esta publicación.

El Correo de los Niños se proponía llegar a niños y niñas de diversas edades, por ello su contenido era muy diverso. En él se encuentran desde lecciones de historia, geografía, gramática y problemas de matemáticas, hasta interesantes informaciones, tanto sobre sabios antiguos, como sobre niños célebres. Su publicación se complementaba con cuentos, adivinanzas y charadas.

La forma en que están redactados los artículos, por medio de interrogaciones y exclamaciones, nos hace pensar en la lectura en voz alta, la cual se convierte en una práctica de sociabilidad. De este modo, el niño que recibía cada domingo este periódico, no necesariamente tenía que saber leer, ya que alguien más lo hacía por él.

Quizá su padre, su madre, o algún hermano mayor. Se puede afirmar que, en la lectura en voz alta se entremezcla “ocio y amistad”, y permite que se constituyan diversas formas de sociabilidad intelectual alrededor del texto. En el caso de *El Correo de los Niños*, nos encontramos con una lectura que se hace desde el que sabe hacia el que no sabe. De este modo, el analfabetismo no fue un obstáculo para que existiera un gran número de niños y niñas que escuchaban su lectura.

El Correo de los Niños es un periódico que no sólo se distribuía en las ciudades, sino que también he encontrado que algunos gobernadores, como el de Querétaro, lo compraban para distribuirlo en las escuelas rurales. De este modo, en el Municipio de San Juan del Río, era utilizado como *texto*, en donde el maestro o la maestra leía en voz alta, y el niño/a escuchaba. Este tipo de *lectura informal*, quizá pensada para cubrir el *ocio* del niño/a, se llegó a convertir en un elemento importante dentro de la propia educación formal al interior del aula. Así la función de este periódico era doble, ya que alimentaba tanto al mercado urbano como al rural.

Los saberes curriculares

Los pedagogos del siglo XIX partían de la idea de que “leer es aprender”. De aquí que las lecturas que contenían estos periódicos fueran muy diversas. Entre ellas encontramos varias de las materias que se impartían en algunas escuelas, como las ciencias naturales, la historia, la geografía, las matemáticas, la física o la química.



Maura Falfán

El ocio y la diversión

La finalidad de esta prensa infantil era doble: instruir y divertir. Así dentro de este segundo punto nos encontramos con cuentos, leyendas, adivinanzas y charadas, que se inscriben dentro de estos textos que marcan una frontera entre lo real y lo imaginario.

Otra sección, daba cuenta de cuestiones relacionadas con la vida cotidiana. Entre algunas de ellas, se hablaba de que los anteojos habían sido inventados en el siglo XIII por un fraile de Pisa, llamado Alejandro Spina, y los alfileres se inventaron en Inglaterra hacia 322 años. Otros más explicaban la historia de los vestidos, del papel, del transporte, de los mapas y de los teatros.

Algo importante es que, en el número del 10 de marzo de 1872, se anunciaba que *El Correo de los Niños*, dedicado exclusivamente a la infancia, debería imprimirse también por niños. Se decía que desde hacía dos semanas, salía de las prensas llamadas “Tecpam”, que era en donde estudiaban los “niños pobres”. Explicaban que los niños del “Tecpam se levantan de mañanita, sacuden las cajas, distribuyen la letra, la paran en el compo-nedor, la transportan a la galera y después a la prensa, a donde llevan el papel ya mojado y de ahí va saliendo *El Correo de los Niños*”. Se trataba de un proyecto en donde los niños tenían un importante papel que cumplir.

La Enseñanza. Revista Americana de Instrucción y Recreo dedicada a la Juventud. (1870-1876)

En esta revista se hablaba de la “necesidad urgente de educar al pueblo”, de aquí que se iniciara la publicación de una “revista popular” con objeto de difundir los conocimientos para lograr una “buena educación”. Sus editores eran: Angela Lozano, maestra en la Escuela Secundaria de Niñas; Manuel Orozco y Berra, historiador y geógrafo; y los médicos Hilarión Frías y Soto y Manuel Peredo.

Considero que La Enseñanza era uno de estos textos que reunía a la familia, por la tarde o noche para la lectura que se realizaba entre padres e hijos. Esas veladas, que se realizaban alrededor de las velas, eran momentos privilegiados de la lectura en voz alta. Este tipo de lectura era parte de la educación paterna, ya que era la lectura doméstica la que reunía a la familia entera alrededor de un texto. Era así cómo el ocio se convertía en instrucción. De hecho existen testimonios, como los de Toribio Ezquivel Obregón, en donde se dice que al aparecer la luz eléctrica se terminaron las veladas, debido a que ya nadie leyó para otro, sino que la reunión se dispersó y cada quien leyó para sí mismo. Fue así cómo se inició, a finales del siglo XIX, lo que podríamos llamar la lectura en silencio.

Los saberes curriculares

El objetivo de los editores era el de publicar “lecciones fáciles” de gramática, aritmética, geometría, geografía, cronología,

historia, higiene, teneduría de libros, taquígrafía, francés, inglés, dibujo y música. Muchas de estas lecciones, se proponían para apoyar la enseñanza que se daba en las escuelas de la época. Es interesante hacer notar que, las lecciones de historia por ejemplo, iban unidas a las de geografía, literatura y arte.

El ocio y la diversión

Se decía que, para el “recreo de los lectores” se publicarían algunas “obritas amenas y divertidas” tales como la historia de un bocado de pan, las aventuras de una aguja, las de un pescado, las de un grano de trigo, el por qué de las cosas útiles y el libro de la naturaleza, además de cuentos, leyendas, adivinanzas y las famosas charadas.



Meura Felján

Maura Falcón



Ahora bien, lo que acabo de presentar es tan solo una pequeña parte de la gran riqueza que, para la lectura, encierran todos estos periódicos del siglo XIX dedicados a formar lectorcitos entre la infancia.

Una propuesta

Después de haber recorrido este breve camino por el maravilloso mundo de la cultura escrita, podemos preguntarnos ¿por qué, en el siglo pasado existía tanto interés por la educación “no-formal” de las niñas y de los niños mexicanos y, ahora ya no? ¿en qué momento nos perdimos? Quizá la respuesta tenga que ver con la forma de vida que llevamos hoy en día, con el mundo en que nos ha tocado vivir. Actualmente cualquier tipo de lectura tiene que

competir con los medios de comunicación que nos rodean: radio, televisión, cine, video, internet y ¡hasta el nintendo! La vida de nuestros niños/as se une a muchos de estos maravillosos aparatos y, por consiguiente, no existe *tiempo* para poder leer. De aquí que cualquier proyecto para realizar un material de lectura se nos presente como un gran reto.

Precisamente, es dentro de este *gran reto* que se inscribe la propuesta que yo deseo formular. Se trata de la realización de un pequeño periódico, que se proponga hacer de la historia algo ameno y agradable. Independientemente de lo que los niños/as aprenden o no en la escuela mediante el libro oficial de historia, nosotros los podemos apoyar con materiales relacionados con la vida cotidiana, tal como se

hacia en el siglo pasado. De hecho, la información puede ser muy variada.

Con los materiales que contendría esta publicación se le podría dar al niño/a, la oportunidad de aprender la *otra historia*. Esta historia que muchas veces no está escrita en los libros, la historia no oficial. Se les podrían ofrecer materiales que contengan diversas miradas de la historia. Se trataría de hacer textos *divertidos*, tal como proponían nuestros colegas del siglo pasado. De hecho, sus textos lograron que un gran número de niños/as y jóvenes del siglo XIX, se interesaran por la lectura. Este ejemplo nos lleva a pensar que también nosotros lo podemos lograr en el siglo XXI.

Diversas preguntas pueden guiar este proyecto. Por ejemplo, ¿cómo formar en el niño/a esta identidad mexicana?, ¿cómo mostrarle a los diversos imaginarios que construyeron y construyen la Nación Mexicana? Así, en este periódico infantil, que se propone sea publicado *por entre-gas*, se pueden ir estructurando diversas

ideas que respondan a distintas preguntas formuladas por historiadores, maestros, pedagogos, literatos, artistas e incluso por los mismos niños/as.

Este periódico se puede aprovechar para construir ese *imaginario* del niño y de la niña con que deseamos contar. Niños y niñas despiertos, conocedores de su mundo y de lo que los rodea. Conocedores de su historia y de su realidad. Conocedores de su hoy y de su ayer. Construyamos en ellos, por medio de la lectura, la conciencia histórica que todavía no existe para que, juntos, podamos construir el México del mañana.

De aquí que esta propuesta quede como un reto que encierra un doble fin: formar el hábito de la lectura en nuestros niños/as y apoyar la enseñanza de la historia. ¿Seremos capaces de lograrlo?, ¿Podremos construir este ambicioso proyecto editorial? La respuesta todavía está en el aire y sólo con el entusiasmo de las maestras y de los maestros de hoy, podremos construir para nuestros niños y niñas, un mejor mañana. 